

Se cruzó con él unas cuantas veces por Recoletos y el Retiro. Paseaba envuelto en una bufanda que de manera invariable llevaba anudada al estilo europeo, siempre con el abrigo bien abrochado y cubriéndose la cabeza con un sombrero de fieltro o un gorro de lana en los días más crudos. Nada tenía de especial, excepto los ojos de un azul hechicero y el deseo de pasar desapercibido, que ella había tenido perspicacia suficiente para adivinar desde lejos. Tendría poco menos de cincuenta años, era de estatura mediana, distinguido en los ademanes, tan tímido que parecía temeroso, correcto en el trato, ajeno con la gente aunque muy atento con la persona. La suma de apariencias lo envolvía de un aire anticuado, que hacía sentirlo como un ser de paso, alguien que hubiera perdido el tren de la vida tres décadas antes y esperase por el siguiente sobrellevando la desdicha de un tiempo infecundo. Comenzó a encontrarlo en la pausa del desayuno, en la calle Serrano, entre Goya y Alcalá y una mañana en que se salió de su habitual recorrido lo vio aproximarse por la misma acera. Poco antes de cruzarse abrió la puerta de una cafetería, ella no pudo resistir el impulso de seguir sus pasos y él le sostuvo la puerta abierta dedicándole una sonrisa que ella le correspondió.

Fue la necesidad del trato social, imperiosa y muchas veces insensata que gobernaba su instinto, la que le dio el impulso para conocerlo de cerca. Durante los días siguientes desayunó en aquel lugar a la misma hora y en todos coincidió con él, siempre solo y distante. El lunes tras el primer encuentro ocupó una mesa junto a la de él y abrió una charla intrascendente y breve que dio pie a las siguientes. En un acuerdo nunca explícito, comenzaron a facilitarse la coincidencia, fortuita pese a lo buscado, porque era sólo los días laborables y en la media hora del desayuno. Hablaban de casi todo, pero más de libros y de cine, las aficiones compartidas. Él, divorciado sin hijos, al contrario que ella, también divorciada pero madre de dos hijos: un varón que atravesaba la hecatombe de la adolescencia y una niña que ya entraba en los desarreglos de la pubertad. Pese a la diferencia de edad, quince años él mayor que ella, y por la ausencia de intereses distintos a los de la simple conversación, tuvieron fácil el entendimiento, aunque sólo fue su trato cautivador el que la sedujo durante el tiempo que necesitó para descubrir al sujeto excepcional que era.

En uno de los primeros encuentros ella le contó que aprovechaba las estancias de los hijos con su padre para cerrar teléfonos, cortar toda conexión con el mundo y meterse en la cama con un libro y una caja de bombones, que degustaba en un

ritual en el que no incluía variaciones: cada veinticinco o treinta páginas se introducía uno en la boca y lo dejaba derretirse intentando que le durara el mayor número de páginas posible.

De ese hábito le quedaba inspiración irrevocable de que *El amor en los tiempos del cólera* sabe a menta, que *Tratado sobre la ceguera* sabe a moka y caramelo y *Las uvas de la ira* a avellanas. Más aun, aseveraba, con un ascua de resentimiento, que este libro era causa de su reciente ojeriza a las avellanas. Y explicaba, acentuando sin piedad los adjetivos, que por la minuciosa, la larga, prolija y agotadora descripción de hechos irrelevantes a que *John Steinbeck* somete a sus lectores, habían llegado a detestar las avellanas, con chocolate o solas, y aun la combinación del chocolate con cualquier fruto seco. Pasados unos días él le entregó una bolsa dentro de la que había un paquete, hecho con primor con papel de manila antiguo, imposible de hallar incluso en Madrid, excepto para quien tuviese los contactos precisos en el tiempo del vetusto pasado en el que ella lo imaginaba habitando. Dentro del envoltorio encontró la película *Blade Runner*, que ella tenía la suerte de no haber visto, y un ejemplar de una edición antigua de *La Barraca*, de *Vicente Blasco Ibáñez*, acompañados por una cajita de bombones con relleno de naranja amarga, de una marca que ella no se habría permitido sin palparse los bolsillos con antelación. Quiso corresponderle poco después, y él, temiendo comprometerla en el círculo infernal de los regalos, le trajo de vez en cuando pequeños obsequios, valiosos por el significado y no por el precio, que siempre tenían un detalle hecho por él de propia mano. Una preciosa cajita de cartón, a medida para contener dos lápices, con una nota que la animaba a utilizarlos para desahogar, escribiéndolas en lugar de decirlas, las tres mil barbaridades que estaba deseando despacharle en su cara a una jefe atrabiliaria; en otra cajita, también hecha a medida, unas astillas de madera de cedro, para que el perfume le devolviera el recuerdo del viejo arcón de la abuela, de la que él escuchó los pormenores de su vida sin un pestañeo, durante la media hora que ella estuvo contándole cuánto la echaba de menos; un marcador de libros con una frase, que él habría capturado al vuelo en una de aquellas conversaciones sin trascendencia, y que habría escrito de su puño y letra con las preciosas grafías de calígrafo excepcional que era. En suma, fue una amistad feliz, sencilla, sin exigencias ni cortapisas, no perturbada por ninguna clase de interés sexual, fecunda y sin lugar para la falsedad o el desencuentro. La caricia de media hora de

consuelo de los días laborables. Pero qué tristeza, breve y concluida sin más causa que la estupidez.

Se dijo que fue simple cansancio, hartazgo, de ver su rostro con más frecuencia que otros o de que estuviera siempre dispuesto a esperarla, a ayudarla y complacerla, aún cuando le parecía un calificativo exagerado para dedicar a un hombre con el que se encontraba, por el gusto de hacerlo, durante la escasa media hora del desayuno de días laborables. Se engañaba. La arrastró un instante de mala inspiración que no tuvo origen ni relación con él, de ninguna manera un auténtico ahogo por su presencia. Si al principio fue incontenible el impulso de conocerlo a continuación lo fue el de la escapada. Quiso creer que sentir la vida tan pautada le provocó una sombra de hastío que se le quedó flotando en el alma y, en lugar de empujarla a tomarse unos días de descanso, de comprarse un libro y una caja de bombones para meterse en la cama a mandar la figura a tomar viento durante unos días, la dejó reventar en la iniciativa absurda de despejar la única variable en su ecuación de la rutina que podía eliminar, y decidió sacarse de encima la presencia del pobre infeliz. Descubriría poco después que escondida tras la inercia de su vida, la realidad que aparentaba ser tan compleja era, sin embargo, sencilla y elemental.

No habló con él, pues nada hay más vergonzoso que intentar ponerle palabras a un propósito que se sabe absurdo. Se limitó a ir dejándole muestras que pudiera adivinar, una goteo sucesivo de paulatinos y pequeños cambios de costumbre que la alejaran sin pasar por el desgarrar de un adiós. Hizo imprevisible el horario, faltó algunos días seguidos y al regreso lo hizo acompañada cada vez por una persona distinta, lo saludaba moviendo la mano con un gesto amistoso desde el lado contrario del que él ocupaba, seguro que esperando verla. En la irracional estrategia de aniquilación incruenta de amistades, la última y más cruel de las escenas consistió en dejarse ver como en los mejores días, pero interrumpió la conversación de improviso, cuando apenas habían transcurrido cinco o diez minutos, y la puso en práctica sólo para descubrir que ninguna de sus tácticas pueriles le hubiera hecho falta. Él la retuvo apenas veinte segundos necesarios para preguntarle si se encontraba bien, si le había surgido algún problema, si necesitaba algún tipo de ayuda, y para escuchar de ella la respuesta que formuló con una evasiva que por improvisada resultó vacía y falsa. Fue suficiente.

El insistió en pagar la cuenta y esperó a que le cobraran mientras ella llegaba a la salida. Llovía, y se hizo a un lado esperando un instante de escampada. Lo vio detenerse en la puerta, a unos pasos. Parecía desconcertado y herido. Por el rubor, la prisa y la imprecisión de sus movimientos, hubiera dicho que huía sofocado por el peso de la vergüenza. Salió a la calle, abrió el paraguas bajo el alféizar. Ella quiso darle alcance, pero él ya cruzaba. Lo vio alejarse y perderse bajo el aguacero de un veintitantos de noviembre en dirección a la calle Goya.

Imaginó que sucedería lo de siempre, que a continuación perduraría la amistad intrascendente y leve que compartía con decenas conocidos. Intrascendente, sí, e hipócrita muchas veces, pero bien circunscrita a unos contornos precisos, en resumen previsible y cómoda. Pero erraba en la evidente razón de que alguien como él nunca podría ser uno más en aquella superflua e informe masa de personajes. No estuvo muy satisfecha de sí misma durante la tarde, sin embargo, al día siguiente le bastó con una llamada telefónica y pasar por la mesa de alguna compañera para tener con quien departir en la hora sensible de media mañana, y ni siquiera lo recordó en las semanas siguientes. Un día regresó al local donde compartían el desayuno, cuando quiso encontrarlo para iniciar el trato leve de sus fantasías, y le dijeron que no había vuelto por allí.

Nunca supo cuál fue el momento exacto en que comenzó a sentir que una dolorosa punzada le atravesaba el pecho con un recuerdo que se lo trajera a la mente. Una sensación de oquedad, de ausencia, imperceptible al principio, se fue significando con el paso de los días. Terminó doliéndole en cada átomo de su ser, tanto y desde tan hondo, que necesitaba mirar a otra parte, pensar en otra cosa, esconderse de sí misma tras algún problema que ocupara toda la atención de su mente. El siguiente cambio lo produjo ella por su voluntad. Necesitó saber por qué había dado aquel paso en falso. Escudriñó en el fondo de su alma y lo que vislumbró no le gustó demasiado, pero no se engañó. No fue el cansancio, no fue la rutina, como ella se dijo, ni fue que el pobre solitario paseante de Recoletos y del Retiro, el desconocido extraviado en una época anterior a la suya, el ser inofensivo de ojos azules, hubiese estado fuera de lugar en ningún momento, ni hubiese tenido comportamiento reprochable ni molesto. De las cientos de diminutas amistades que ella era capaz de tener a mano, las más frecuentes eran también las que sabía más superficiales. Pero él había sido distinto. Él sí la apreciaba de verdad. Es decir, ella lo apreciaba de verdad, era un auténtico

amigo, alguien que podría desaparecer y hacerle tanto daño como ella, de pronto lo supo, le estaba haciendo a él. Y comprendió la causa de que hubiera desaparecido sin dejar rastro alguno.

Continuó llegando a la misma hora en días laborables y al mismo lugar de sus encuentros, aunque eludiendo cualquier clase de compañía, y no sólo para facilitar la conversación que ella necesitaba si él apareciera, sino que había descubierto lo hermoso de aquel rato de complaciente soledad, o como supo al reflexionarlo, de compañía consigo misma. Desde allí comenzó a explorar un perímetro creciente por los lugares donde lo había encontrado antes de conocerse. Concluyó el invierno, pasó la primavera, llegó el verano. Se ausentó durante las vacaciones y echó de menos aquellas pequeñas andanzas de búsqueda, que al regreso recobró con avidez y tristeza. El otoño se echó encima, frío pero muy seco. En los paseos por el Retiro, con su soledad y sus recuerdos, los de ahora y los de antes de conocerlo a él, recobró el silencio grato y el precioso espacio liberado por la espuma del gentío. Pese a que no apareció, ella continuó sus paseos solitarios aun cuando ya no esperaba encontrarlo. Hacía tiempo que llevaba dándole vueltas a la idea de que con su ligereza tonta, lo había expulsado de su mundo, de sus paseos por el Retiro, de sus calles, de su lugar de desayuno. Incluso tenía la sensación de haber ocupado su lugar y estar convirtiéndose en él.

Ya había abandonado la esperanza cuando pasaba como pasajera de un taxi y lo vio a lo lejos, cruzando la calle Hortaleza. Conociendo que era de costumbres exactas, probó suerte el día siguiente a la misma hora y allí apareció. Lo vio entrar en una cafetería y esperó cinco minutos a que él se hubiera acomodado, tomando el valor para ir a pronunciar el discurso que llevaba tan preparado que se le quedó en una sola palabra: perdóname.

Estaba en una mesa del fondo, ausente en su periódico y sólo reaccionó cuando ella estuvo a su lado.

—¿Puedo sentarme?

La miró con sorpresa, encendido de rubor desde el primer segundo y no pronuncio una palabra, pero se apresuró, muy torpe, a separar una silla y a despejar la mesa. Ella tomó asiento y comenzó a hablar.

—No tenía tu teléfono ni la menor idea de dónde podría encontrarte. Hace ya un año que te he buscado por todas partes. Madrid es testigo. No tuve intención de hacerte daño pero fui cruel contigo. Te expulsé de los lugares por donde paseabas, del sitio donde llevabas tantos años desayunando y hasta del quiosco donde comprabas el periódico.

Al hablar se liberaba de la carga que la ahogaba y el tono de sus palabras comenzaban a ser emocionado.

—Sé que creíste haberme cansado, haber hecho algo molesto o haberme ofendido, pero la causa estaba en mí. Fue mi miedo el que me hizo perder la razón. Tenía cientos de conocidos a los que llamaba amigos, muchos incluso sabían mis cosas. Todos los días hablaba con muchos de ellos, unos venían y otros se marchaban, pero nunca me alegré tanto de ver a uno como me alegraba de verte a ti y nunca me dolió ninguno como me doliste tú cuando desapareciste. Todos eral el montón y tú eras especial, pero no lo supe hasta que encontré tu silla vacía.

Él la miraba sin interrumpirla con un palabra que hubiera estado de más, pero hacía un esfuerzo por contenerse y en el brillo de sus hermosos ojos azules ella comenzaba a notar un destello de emoción.

—Coge aire. Serénate. Tú no mereces llorar.

Se sobrepuso y la dejó continuar.

—Fue el miedo. Porque intuí que si te marcharas, si te sucediera algo, yo sufriría. No estaba preparada para eso. Provoqué lo que sucedió pero sin darme cuenta de por qué lo hacía. Lo supe cuando no pude encontrarte, porque me dolió tanto pensar que ya nunca más estarías allí, que sólo en ese momento sentí que eras el único amigo de verdad que he tenido. En ti supe cuánto duele un amigo cuando se va. He cambiado mucho en este año, ya no me apetece gente alrededor. Prefiero estar como tú, sola con mis pensamientos. Porque tú también me expulsaste de mi mundo y ya no soy la que era. Siento mucho lo que hice y vine a pedirte perdón, pero no lo haré. No te pediré perdón porque es una estupidez, acabo de darme cuenta. Sé que no tengo que hacerlo. Que si no ha existido traición, los amigos de verdad se lo han perdonado todo de antemano— y

terminó el discurso que en nada se parecía al que había preparado, dejando escapar unas lágrimas—. Así que invítame a un té. Con una magdalena. ¡Y cállate ya!

Desayunaron apenas sin hablar, acompañándose sin un reproche ni una palabra innecesaria y habían pasado casi dos horas cuando abandonaban el local. Finalizaba noviembre, caía una lluvia suave que les recordó la inminencia del invierno que se anunciaba frío. Los dos sintieron que sería un bonito y entrañable invierno y no necesitaron hablarse para saber que el otro también lo percibía así. Incluso el frío del invierno más crudo lo hace grato el calor de un amigo.

*Invierno en ciernes sobre Madrid*

*(c) Miguel de León, La Laguna, noviembre de 2016*